

**Meditación apasionada ante el  
Cristo de la Caridad**

**Enrique Osborne Isasi**

Parroquia de San Andrés

Sevilla, 23 de marzo de 1985

Querido Jesús:

He venido a verte porque me han dicho que estás enfermo. Es un rumor que ha corrido por toda la ciudad. Muchos dicen incluso que has muerto, muerto para siempre. Y lo dicen sin el menor dejo de tristeza en el rostro.

Por eso estoy aquí. Tan cerca de ti... y tan lejos.

¿Sabes, Señor? He venido a verte de noche, como tu amigo Nicodemo. Él me ha dicho que a ti no te importaba. Me ha contado aquél primer encuentro contigo cuando le dijiste que debía nacer de nuevo para gozar del Reino de Dios<sup>1</sup>. Yo creo que aún está hecho un lío con tus palabras porque le pedí una explicación y me dijo:

- Mira, es mejor que te lo explique Él.

Que lo expliques tú...

En buena hora vengo a pedirte explicaciones. Cuando ya no te tienes en pie, cuando se te cierran los ojos del cansancio de la dura jornada.

¿Sabes, Señor, lo que leí el otro día?

Que tu Profeta Elías estaba refugiado en una cueva, muerto de miedo, y se le avisó que saliera de ella, que el Señor iba a pasar.

“Vino un huracán tan violento que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento vino un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego se oyó una brisa tenue...”

---

1. Cfr. Jn 3, 1-21.

Elías, al sentirla, se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie en la entrada de la cueva. Entonces se oyó la voz de Dios.<sup>2</sup>

Señor de la Caridad, ya sé que es tarde, veo que tienes sueño. Pero espera un momento, no cierres tus ojos.

Que quiero sentir tu brisa.

No tendrás que esforzarte mucho porque acercaré mis oídos a tus labios y escucharé tu susurro.

Que es mi ciudad quien te oye en mí.

Que Sevilla te buscó muchas veces en el viento, el terremoto y el fuego sin hallarte.

Que hablaron, arrogándose tu voz, muchos en tu nombre y no nos dejaron la oportunidad de oírte.

Señor, ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie más que tú, háblame, háblame.

Háblame desde tu desnudez absoluta, háblame desde tu brutal desamparo, háblame tú, única Palabra de Vida mientras contemplo tu mirada perdida en los cielos del Padre.

---

2. Primer libro de los Reyes 19, 11-13.

## EL VIENTO

¿En qué cielo se pierde, Señor, tu mirada?

¿A quién buscas más allá del horizonte?

Te han dejado solo ¿verdad?

Bueno, casi solo, porque María, tu madre, y las mujeres han ido por unas sábanas limpias y por un poco de perfume con que limpiar tus heridas.

Volverán pronto, ya lo verás, porque sólo ellas te fueron fieles.

Los demás te abandonaron cuando cambió el viento...

Hiciste mal en fiarte de los hombres. Incluso de aquellos que llamaste “amigos” en lugar de “siervos”<sup>3</sup>.

La verdad es que a todos nos sorprendiste con aquel carisma de líder independiente y honesto.

Decías cosas tan bellas, Jesús...

“Levantaos, pobres de Sevilla, que os traigo la herencia prometida por el Padre.

Erguiros los que aún lloráis, que ni las palmeras de vuestros jardines igualarán vuestro orgullo cuando conozcáis el fruto de vuestras lágrimas<sup>4</sup>.

No temáis, hijos de la luz, que vuestra espada soy, el hijo de David.

Dichosos los sedientos de mi agua.

Dichosos los sarmientos de mi viña.

---

3. Cfr. Jn 15, 15.

4. Cfr. Mt 5, 5.

Dichosos los que os fiais de mi palabra porque mi verdad os hará libres”<sup>5</sup>.

Bellas palabras, Jesús.

Pero cambió el viento...

Frente a ellas, agua pura del manantial de tus entrañas, frente a tus obras de amor, estaba el poder.

El poder de esta ciudad.

El que todos anhelamos, el que se transfigura cuando lo poseemos en privilegio propio y vejación ajena.

El que pocas veces es un servicio a la justicia.

Menos aún una forma responsable de amor.

Se ha hablado mucho de tu juicio. Parece que los tribunales se han visto acosados por los grupos de presión, por la demagogia de cierta prensa, por los intereses de clase, los privilegios amenazados, incluso se habla de pactos secretos que llevaron a un consenso a la hora del veredicto.

He leído en un periódico que a una pregunta del magistrado solo respondiste: “Yo soy Rey”<sup>6</sup>. Y callaste. Tu silencio, más que tu palabra, desconcertó al poder.

El tribunal no era nada: amaba más su puesto que la verdad. La Iglesia no era nada: daba testimonio de sí, no del Dios que continuamente traía a sus labios. La masa, manejada, dirigida, no era nada: gritaba su propia frustración frente al poder. Tus discípulos no eran nada: se habían equivocado de Reino y abandonaron tu partido.

---

5. Cfr. Jn 8, 31-32.

6. Cfr. Jn 18, 37.

Te han dejado solo, Jesús. El poder de Dios en silencio: habías servido al hombre dando testimonio de la verdad. No necesitaste programas ni declaraciones para amar.

Hoy ya no se habla de ti en televisión. El poder ha decidido que la mejor forma de que la gente se olvide de tu caso es ignorarte.

Ya sabes, a los políticos no les interesan ciudadanos libres, sino vencedores y vencidos.

Contigo ha muerto el grito de los débiles, de los humillados, de los perseguidos por su amor a la justicia verdadera.

Y tus amigos entierran tu difícil palabra y corren detrás del poder que les promete riqueza, dominación, prestigio.

Tú solo les prometías una cruz al final del camino...

Ahora oímos otras Bienaventuranzas:

“Dichosos los que más poseen, porque ellos dominarán la tierra.

Dichosos los fuertes porque ellos sobrevivirán en la lucha diaria.

Dichosos los violentos porque sólo así someterán a los débiles.

Dichos los que se preparan para la guerra porque el que hoy llamamos hermano mañana puede ser enemigo.

Dichosos seréis cuando os alaben y os vitoreen las masas prometiéndoles un paraíso en este mundo porque así perpetuaréis vuestro poder”.

Ha cambiado el viento...

Una vez dijiste: “Sabéis que los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen”<sup>7</sup>.

No te equivocaste: el poder humano arrebató al hombre su dignidad, su fama, los bienes de la tierra, la misma ilusión de vivir, la vida misma.

Tú solo le arrebataste al hombre su dolor, su angustia, con el único deseo de compartirla, de hacerla más llevadera.

¿Qué fue tu cruz sino el dolor del hombre?

¿Qué legado te deja cada sevillano al morir sino el dolor que sufrió y el que te hizo sufrir?

Y tú aceptas siempre ese triste testamento, sin rechazarlo nunca, aunque le preguntes al Padre por qué te ha desamparado.

Ha cambiado el viento en nuestra ciudad...

Pero seguimos sin oír tu susurro.

No hemos nacido aún de nuevo.

Tú le hablabas a Nicodemo de otro viento, aquél que sopla donde quiere, pero nunca sabes de dónde viene ni a dónde va<sup>8</sup>.

Cristo mío, dime, ¿sentirá esta ciudad de nuevo el soplo de tu Espíritu?

---

7. Mt. 20, 25.

8. Cfr. Jn, 3-8.

## EL TERREMOTO

Señor, se ha cerrado la noche.

Me da miedo el silencio, aunque lo comparta contigo.

Porque en el silencio solo me oigo a mí mismo y no tengo nada importante que decirme.

Estoy lleno de palabras huecas, de promesas incumplidas, de amigos que olvidé, de hermanos que separé de mí.

Quise encontrarme siempre en el ruido de las cosas, en la compañía de mis bienes, en las seguridades que ofrece la sociedad, en el frenesí del trabajo.

Llené mi casa de música y voces, de falsas alabanzas y sonrisas, de mil trastos inservibles que acallaran mi vaciedad interior.

Aún así me siento extranjero en mi propia tierra y no acabo de entender la palabra de los hombres como si acabara de bajar de la torre de Babel <sup>9</sup>.

He intentado vanamente encontrarte en el terremoto que es mi vida y cuando, al fin, te encuentro en la noche no sé qué decirte.

Señor, ahora te digo

que es preciso que vuelvas a ayudarnos.

A poner esta casa, las cortinas,

el aceite del año,

la víspera de encajes para el niño,

---

9. Cfr. Gn 11, 1-9.



la alfombra en el despacho.

Señor, ahora te digo

que es preciso que vuelvas. Te esperamos

para que pongas orden en la casa,

y escojas la oración de nuestros labios

y crezcas declarándote en nosotros

como se va viviendo y declarando

la primera palabra que aprendemos

en una lengua viva. Estás tan alto

que es preciso morir para pedirte

que vuelvas otra vez. Sufrimos tanto

que ahora ya somos hermanos en la cruz

y, como hermanos,

te pedimos por ti, por ti que mueres

con el tiempo también y en nuestros brazos...

Señor, Sevilla envejece sin encontrarte.

Mil gritos en sus calles la alejan de ti.

La hemos llenado de slogans y pancartas, de ondas y frecuencias que  
vocean la felicidad inmediata y tangible.

Ya no hay silencio en el compás de sus conventos, ni surtidores que  
decanten suave paz en plazas recogidas.

Ya no hay un lujo de geranios en cercanas azoteas, ni vecinos que compartan el aceite y la sal.

Ya no hay silencio atesorando sus aires, ni voces acompasadas al caer la tarde.

Sevilla, Cristo mío, envejece sin conocerte.

Y yo con ella.

Vendiendo su alma por cuatro monedas de plata al mejor postor.

Nadie desea que calle, nadie quiere que se encuentre de nuevo con el silencio.

Un día, cercana ya la Semana Santa, te acogió la ciudad en su casa y comenzó a buscar afanosa para ti sus mejores riquezas: la plata de sus estrellas, el dorado de su sol, los claveles y las rosas de sus jardines, el aroma de sus naranjos...

Y tú le dijiste: “¡Sevilla, ciudad mía, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas! Sola una es necesaria”<sup>10</sup>.

Y se sentó, como yo, a tu lado y se olvidó por un momento de sí misma y comenzó a beber el vino viejo que tú le ofrecías.

Quizá necesitó para ello que el terremoto acabase con sus seguridades, con su orgullo de centro del Universo, quizá tuvieron que hundirse en la barra del río muchos barcos cargados de lejanos tesoros.

La abandonaron los mercaderes de este mundo, callaron los que voceaban su grandeza, huyeron los poderosos... y sólo quedaste tú, desnudo, pura herida para curar su pobreza.

Solo tú quedaste en la ciudad desamparada.

---

10. Cfr. Lc 10, 38-42.

Solo tú, cuerpo transfigurado de Dios, en la noche.

Solo tú, Caridad infinita, con la puerta de tu corazón siempre abierta,  
siempre manando.

Solo tú, lluvia bendita que rocía nuestra tierra sedienta y colma las  
tinajas de nuestro hogar.

Sevilla comprendió por fin qué era lo único necesario.

Te sacó a sus calles para que te vieran sus hijos, y tú te compadecieras  
de su dolor y su ignorancia.

Oh Señor, ¡cómo te sintió la ciudad como una savia ardiente! ¡Cómo  
la apresaste en la dolorida dulzura de tu cruz!

Tu rostro se multiplicó en todas sus esquinas y se estremecían las  
manos de sus artistas tallando tu apacible dolor.

De nuevo, tras tantos falsos profetas, volvías a ser su Dios.

De nuevo eras para la ciudad su única y definitiva primavera.

Señor, en medio de terremoto que nos sacude, déjame que te diga:  
Sevilla te necesita a ti, solo a ti.

Deja que lo repita sin cansarse mi corazón.

Como la noche esconde en su oscuridad la súplica de la luz, en el loco  
frenesí de mi ciudad resuena este grito: “Te necesito a ti, solo a ti”.

A ti, lo único necesario.

Créeme, Cristo mío, aunque la ciudad golpee su rebelión contra tu  
amor, en lo más profundo de su espíritu grita:

“Te necesito a ti, solo a ti”.

## EL FUEGO

Elías no encontró a Dios en el fuego <sup>11</sup>.

Venía huyendo y le pareció bueno que Dios se hiciera fuego para arrasarlo a sus enemigos.

Pero Dios no estaba allí.

Señor de la Caridad, viéndote así, tendido, exánime, pienso que tampoco supiste usar la espada frente a los que te perseguían.

Fuiste lo que nuestro mundo llama “un perdedor”.

Y a mí, como un día le ocurriera a Pedro, me duele.

Porque, aunque te haya negado más de tres veces, te quiero.

Porque eres raíz primera del árbol de mi ciudad.

Porque te hiciste andaluz para morir aquí entre nosotros, moreno de nuestro sol, aunque pálida ya tu tez de la luna de la muerte, quizá para no morir solo.

Porque estás ahí, atado tu cuerpo a la tierra de nuestra casa, cautivo de nuestro paisaje, sangre sevillana corriendo por tus venas, sangre sevillana también herida y derramada.

Te has hecho demasiado nuestro para ignorar a los que te desprecian o se mofan de ti.

A los que no saben respetar tu agonía y te gritan en las esquinas de Sevilla: “Venga, baja ya de la cruz”.

---

11. 1 Re 19, 12.

A los que dicen que te enterremos de una vez en lugar de velarte esta noche con cariño de hermanos pequeños.

Y yo, como Pedro, he pedido tu fuego para acabar con ellos.

He reclamado tus legiones de ángeles para que todos acaten tu Reino.

Para que te quiten la corona de espinas y te devuelvan tu túnica y te lleven al trono y volvamos a oír tu palabra de único Rey.

Le he pedido a Dios que adelante ese último día cuando vengas como un relámpago y toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra ante ti <sup>12</sup>.

Y te encuentro esta noche aquí tan solo, tan callado, tan desnudo, mientras la ciudad ríe, bebe, se divierte sin saber siquiera que has muerto por ella.

“Perdónales, Padre, que no saben lo que hacen” <sup>13</sup>.

Esa es tu respuesta, Cristo mío.

Y cuando he ido a ver a Juan, tu mejor amigo, me ha dicho que así fue siempre.

Que nunca obligaste a nadie a seguirte.

- Él siempre decía: “Si quieres... vente conmigo”.

Sí, siempre decías: “Si quieres...”

Nos diste la libertad para que pudiéramos decirte: “No me interesas”.

Para que pudiéramos volverte la cara el Lunes Santo cuando veamos el cortejo que te lleva al sepulcro.

---

12. Cfr. Flp 2, 10.

13. Lc 23, 34.

Para que pudiéramos volverte el corazón ya lleno de otros nombres,  
otras cosas, otros rostros.

Para que muchos sevillanos te den por definitivamente muerto  
olvidando que ellos mismos existen porque los sostienes con tus manos.

No estabas, Dios mío, en el fuego.

Y al sentir que ya se borraba tu memoria en la ciudad, al oír a tantos  
intelectuales celebrar tu muerte, emprendí el viaje de regreso a mi corazón  
con la nostalgia de aquellos tiempos en que esta ciudad salía a recibirte con  
las palmas en las manos.

En mi peregrinar dolorido por la ciudad, no me di cuenta de que  
alguien se me había unido en el camino.

- ¿Por qué andas tan entristecido?

- Hombre, serás tú el único sevillano que no sepa lo que está  
ocurriendo.

Y le conté con tristeza las tradiciones que se perdieron, y cómo se  
quiere reducir la Fe de la ciudad a puro folklore, y cómo se manipulan los  
sentimientos desde el poder y cómo se ofende a tu Madre reduciéndola a un  
mito más de la historia pagana de Sevilla.

-¡Qué torpe eres y qué lento para creer lo que anunciaron los  
Profetas! ¿No tenía que padecer todo esto para entrar en la gloria del Padre?<sup>14</sup>  
¿Qué esperáis: un Dios que se imponga por la fuerza?

Y me dejó.

Ahora que te veo tan de cerca, sé que eres tú.

---

14. Cfr. Lc 24,13-25.

Y he comenzado a comprender que de nuevo caminas hacia Emaús y que te han vuelto a crucificar estos días y que tu cuerpo muerto está aún caliente y dúctil porque hace sólo unos instantes tu Madre te recogió en su regazo.

Yo te pedía el fuego y tú me ofrecías una palabra de perdón.

Yo te pedía la guerra y tú me hacías envainar la espada.

Yo te exigía el poder y tú solo me ofrecías tu debilidad.

Yo levantaba el puño airado y tú me muestras tu mano abierta como si quisiera recoger un puñado de nuestra tierra para besarla.

Ahora comprendo que me equivoqué de reino y de Rey.

Y admiro a aquella Verónica que supo descubrir tu grandeza en la suciedad de tu rostro, que supo amarte cuando cargabas con una vulgar cruz, que supo acercarse a ti sin esperar condiciones mejores.

“Gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos de Sevilla y se la has revelado a la gente sencilla”<sup>15</sup>.

Señor de la Caridad, deja que me acerque esta noche con el humilde y primitivo amor de la gente sencilla de mi ciudad.

De la prostituta que tú perdonaste y yo condeno.

Del político que tú sentaste a tu mesa y yo quisiera ver desterrado.

Del tironero que al final te pidió un recuerdo y le concediste un lugar preferente en el Reino.

De la adúltera que salvaste de mi piedra y mi condena.

---

15. Mt 11, 25-27.

Del vendedor del mercado que abandonó su puesto para seguirte a su modo.

De la anciana de la mísera limosna que te acercó una flor o un cirio para iluminar tu cansado rostro.

Déjame que me acerque a ti como ellos y guarda mi espada junto a tu cruz y apaga mi fuego con el agua de tu costado abierto.



## EL SUSURRO

Todo está en calma, Señor.

Calló el viento, dejó de temblar la tierra, se consumió el fuego.

Has subido a mi barca y ellos han obedecido tu voz.

Me has devuelto la paz.

Te siento tan cerca que ya no sé si te miro frente a mí o dentro de mí.

La ciudad se ha vaciado de cosas, de nombres, para retenerte solo a ti.

No existe más sonido que tu brisa ligera.

Mira, Señor, ya los veo...

Son tus hermanos que vienen también de noche en busca de la luz.

Dejaron sus barcas, sus redes, sus temores, sus dudas y están aquí.

Vuelven como emigrantes al calor del hogar.

¡Oh, Dios! ¿No ves sus labios resacos sedientos de tu agua?

¿No oyes su amor en la inmensa llanura de tu pecho?

Los conoces ¿verdad?

Sabes sus nombres y el color de sus almas porque el Padre los  
susurras en tus oídos.

Aquí están, desnudos como tú, para bañarse en tu mar.

Se acercarán a tu lecho atraídos por tu brisa y tomarán tu cuerpo.

Y sentirán que el amor es liviano como una dulce palabra

y que de nuevo amaneces en sus brazos,

y que late tu corazón de nuevo  
porque ellos son ahora tu pulso,  
tu palabra sencilla,  
tu verdad.

Y sus brazos serán como claros ríos que recogen tu mar mientras  
lentamente se prepara la comitiva para tu traslado al sepulcro.

Vuelven siempre a ti como los ciervos a la fuente de las aguas.

Porque Sevilla es ya un cuenco abierto para recibirte.

Y ellos te sacarán dulcemente a sus calles mientras el campanil de tu  
capilla irá apagando todos los sonidos extraños de la ciudad.

Irán sembrando de silencios ese vía crucis de vuelta para que todo se  
abra a tu Palabra.

Serán tus profetas en la noche que le gritarán con amor a la gente :  
“Él ya viene, Él viene siempre...”

“Yo soy el primero y el último, el viviente, que fui muerto y ahora vivo  
por los siglos de los siglos”<sup>16</sup>.

Sí, Caridad nuestra, será como adelantar la gloria del Apocalipsis.

Tus hermanos te harán dueño de la ciudad.

Y comenzará a correrse el rumor de nuevo: “Oíd, Él ya viene. ¿No veis  
ahí a Nicodemo, a Salomé, María de Cleofás, al de Arimatea?”.

---

16. Ap 1, 18.

Si no les hablas, Señor, no importa, llenarán su corazón de tu silencio  
y lo tendrán consigo.

Ellos no quieren nada, solo estar contigo.

Como María, la dulce Pena, que “estaba allí”<sup>17</sup>.

De pie, guardándote todo entero de nuevo en sus entrañas.

Meditando tu beso de despedida, tu última mirada de hijo fiel,  
vigilando celosa tu breve sueño hacia la gloria del Padre.

Ellos, tus hermanos, y yo, como María, esperaremos con humilde  
amor el frescor de tu brisa.

Vendrá para bañarnos de temblor

sin que sepamos decirnos por qué nacen las palabras

entre los labios como las hojas en la enramada,

por qué te estrechamos tanto

por qué te queremos tanto...

que lloraríamos solamente con quedarnos,

con quedarnos callados y en silencio

con no poder hablarte mientras te miramos...

---

*Esta “Meditación apasionada ante el Cristo de la Caridad” fue pronunciada el sábado 23 de marzo de 1985 en la capilla sacramental de la parroquia de San Andrés de Sevilla por Enrique Osborne Isasi, abogado y empresario sevillano. Destacado cofrade y escritor, fue pregonero de la Semana Santa de 1983 y estuvo muy vinculado a Proyecto Hombre. Falleció el pasado 9 de enero de 2020.*

---

17. Cfr. Jn 2, 1; Jn 19, 25.